



Un encuentro que hace historia

Por **Díacono Asterio Velasco**
Director del Apostolado Hispano

Con la melodía de las canciones de la misa de clausura acariciando aún mis oídos comienzo a escribir estas notas. Acaba de terminar el Quinto Encuentro Nacional Hispano. Momento extraordinario de Gracia para la Iglesia en los Estados Unidos en estos tiempos nada fáciles que estamos viviendo.

Llegamos el jueves, día 19 de septiembre, a Grapevine, Texas, de todas partes del país en un proceso que habíamos comenzado tres años atrás en miles de parroquias en nuestras diócesis. Más de tres mil personas. Delegados por las comunidades de 165 diócesis del país. Jóvenes y no tan jóvenes. Todos con

la alegría en los rostros y la expectativa del momento. Conscientes de estar viviendo un momento histórico.

En el marco de este lugar enorme y precioso Centro de Convenciones, hemos compartido experiencias y vida durante estos cuatro días. Codo a codo con católicos que viven en realidades muy diferentes. Los que caminan junto a hermanos que viven en las grandes ciudades y aquéllos cuyo ministerio es el servicio a los campesinos migrantes.

Con el desfile de los coordinadores diocesanos de cada una de las catorce regiones comenzó este Encuentro que no ha dejado de sorprendernos a cada instante. “Todo ha superado las expectativas que traía. ¡Esto es increíble!”, escuché constantemente a los delegados de nuestra Arquidiócesis de Newark.

De allá habíamos llegado treinta y seis – laicos, diáconos y sacerdotes- acompañados por el Cardenal Tobin y Mons. Cruz. También nuestro veterano Mons. David Arias, testigo histórico de los cinco encuentros, estuvo con nosotros. Conscientes todos de ser la voz y la presencia de miles de personas que participaron en los encuentros parroquiales y en el diocesano de nuestra Arquidiócesis.

“Yo soy de Newark. ¿De qué diócesis son ustedes?”... Saludos, conversaciones con otros delegados de diócesis cercanas y lejanas a la nuestra. Y con frecuencia quedarnos pensando: “¿Y esa diócesis dónde está?” Porque además de los representantes de diócesis como Miami, Los Ángeles, San An-



El día ha llegado y ahora el futuro está en nuestras manos

Por más de un año y en numerosas ocasiones he hablado del Quinto Encuentro de la Pastoral Hispana en mis homilias y específicamente en mis notas escritas para nuestro "New Jersey Católico". Los hispanos somos en la actualidad uno de los mayores grupos que conforman la Iglesia Católica en el país, siendo aproximadamente el 40% de los miembros de la Iglesia en los Estados Unidos desde hace algunos años y es por eso que el Encuentro tiene tanta importancia.

Cuando la Conferencia de Obispos Católicos llamó al Encuentro, dijo que "el objetivo principal del proceso del Encuentro es discernir la manera en que la iglesia en Estados Unidos responde a la presencia hispana, y fortalecer la manera en que los Hispanos/Latinos responden como parte de esa iglesia". El proceso de preparación para el V Encuentro ha durado cuatro años desde que fuera convocado y ha llegado ahora a su punto culminante, donde nuestros delegados parroquiales ya se encuentran en Grapevine, Texas para representar a la Arquidiócesis de Newark y unirse a los más de tres mil delegados de todo el país. Esos hermanos están allí haciendo escuchar su voz dando a conocer las ideas y sugerencias expresadas en nuestros encuentros parroquiales, todo con el objetivo principal de actualizar la forma de vivir la fe católica en nuestras comunidades hispanas para atender las necesidades de nuestro pueblo y encontrarnos con aquellos hermanos que viven a nuestro alrededor.

En el primer día del V Encuentro, el Santo Padre habló a los delegados a través de video expresando que el

"V Encuentro es una manera concreta de la Iglesia en los Estados Unidos para responder al desafío de "salir" de cualquier tipo de comodidad, de instalación y convertirse en fermento de comunión con todos los que buscan un futuro de esperanza, especialmente con los jóvenes y con las familias que viven en las periferias de la sociedad", agregando que el Encuentro "reconoce y valora los dones específicos que los católicos hispanos ofrecen hoy, y seguirán ofreciendo en el futuro a la Iglesia" y afirmó estar "consciente del aporte que la comunidad hispana ofrece a la vida de la nación, y rezo para que el V Encuentro siga contribuyendo a la renovación de la sociedad y al apostolado de la Iglesia en los Estados Unidos de América".

Nosotros los miembros de la Iglesia de Newark podemos añadir, tal y como nos lo ha recordado nuestro Arzobispo Cardenal José Tobin durante sus palabras a los delegados, que debemos involucrarnos en la misión encomendada de ser discípulos misioneros, testigos del amor de Dios, siempre confiando en la acción del Espíritu Santo que nos va a guiar en esa labor y nos va a ayudar a ser capaces de vislumbrar hacia donde el Espíritu Santo está llamando a la Iglesia en los Estados Unidos para ir en esa dirección. Estamos llamados a mirar hacia afuera y encontrar esa puerta que se abre a nuestra Iglesia para que entremos por ella.

+ Manuel A. Cruz, D.D.
Obispo Auxiliar de Newark



Foto de CNS/Tyler Orsburn

El cardenal Daniel N. DiNardo de Galveston-Houston, Presidente de la Conferencia de Obispos Católicos de Estados Unidos, preside la Misa de clausura del Quinto Encuentro Nacional en Grapevine, Texas el 23 de septiembre. La reunión del 20-23 de septiembre reunió a más de 3.200 líderes católicos hispanos y alrededor de 125 obispos de todo el país.

NEW JERSEY CATÓLICO

*Edición especial
de Advocate Publishing Corp.
Un periódico de la Arquidiócesis
de Newark, NJ*

Presidente y Publisher:

Cardenal Joseph William Tobin, C.Ss.R., Arzobispo

Coordinación: Fr. Edinson E. Ramirez aleluyetico@hotmail.com

Oficina de Comunicaciones

Publicación y distribución: Advocate Publishing Corporation

Advertising Director: Marge McCue 973-497-4201

Production Supervisor: Marilyn Smith

New Jersey Católico
171 Clifton Avenue
Newark, NJ 07104-0500
Tel: (973) 497-4200
Fax: (973) 497-4192
pearsoma@rcan.org

Carta del Santo Padre Francisco al pueblo de Dios

«**Si** un miembro sufre, todos sufren con él» (1 Co 12,26). Estas palabras de san Pablo resuenan con fuerza en mi corazón al constatar una vez más el sufrimiento vivido por muchos menores a causa de abusos sexuales, de poder y de conciencia cometidos por un notable número de clérigos y personas consagradas. Un crimen que genera hondas heridas de dolor e impotencia; en primer lugar, en las víctimas, pero también en sus familiares y en toda la comunidad, sean creyentes o no creyentes. Mirando hacia el pasado nunca será suficiente lo que se haga para pedir perdón y buscar reparar el daño causado. Mirando hacia el futuro nunca será poco todo lo que se haga para generar una cultura capaz de evitar que estas situaciones no solo no se repitan, sino que no encuentren espacios para ser encubiertas y perpetuarse. El dolor de las víctimas y sus familias es también nuestro dolor, por eso urge reafirmar una vez más nuestro compromiso para garantizar la protección de los menores y de los adultos en situación de vulnerabilidad.

1. Si un miembro sufre

En los últimos días se dio a conocer un informe donde se detalla lo vivido por al menos mil sobrevivientes, víctimas del abuso sexual, de poder y de conciencia en manos de sacerdotes durante aproximadamente setenta años. Si bien se pueda decir que la mayoría de los casos corresponden al pasado, sin embargo, con el correr del tiempo hemos conocido el dolor de muchas de las víctimas y constatamos que las heridas nunca desaparecen y nos obligan a condenar con fuerza estas atrocidades, así como a unir esfuerzos para erradicar esta cultura de muerte; las heridas “nunca prescriben”. El dolor de estas víctimas es un gemido que clama al cielo, que llega al alma y que durante mucho tiempo fue ignorado, callado o silenciado. Pero su grito fue más fuerte que todas las medidas que lo intentaron silenciar o, incluso, que pretendieron resolverlo con decisiones que aumentaron la gravedad cayendo en la complicidad. Clamor que el Señor escuchó demostrándonos, una vez más, de qué parte quiere estar. El cántico de María no se equivoca y sigue susurrándose a lo largo de la historia porque el Señor se acuerda de la promesa que hizo a nuestros padres: «Dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos» (Lc 1,51-53), y sentimos vergüenza cuando constatamos que nuestro estilo de vida ha desmentido y desmiente lo que recitamos con nuestra voz.

Con vergüenza y arrepentimiento, como comunidad eclesial, asumimos que no supimos estar donde teníamos que estar, que no actuamos a tiempo reconociendo la magnitud y la gravedad del daño que se estaba causando en tantas vidas. Hemos descuidado y abandonado a los pequeños. Hago mías las palabras

del entonces cardenal Ratzinger cuando, en el Via Crucis escrito para el Viernes Santo del 2005, se unió al grito de dolor de tantas víctimas y, clamando, decía: «¡Cuánta suciedad en la Iglesia y entre los que, por su sacerdocio, deberían estar completamente entregados a él! ¡Cuánta soberbia, cuánta autosuficiencia! [...] La traición de los discípulos, la recepción indigna de su Cuerpo y de su Sangre, es ciertamente el mayor dolor del Redentor, el que le traspasa el corazón. No nos queda más que gritarle desde lo profundo del alma: Kyrie, eleison –Señor, sálvanos (cf. Mt 8,25)» (Novena Estación).

2. Todos sufren con él

La magnitud y gravedad de los acontecimientos exige asumir este hecho de manera global y comunitaria. Si bien es importante y necesario en todo camino de conversión tomar conocimiento de lo sucedido, esto en sí mismo no basta. Hoy nos vemos desafiados como Pueblo de Dios a asumir el dolor de nuestros hermanos vulnerados en su carne y en su espíritu. Si en el pasado la omisión

pudo convertirse en una forma de respuesta, hoy queremos que la solidaridad, entendida en su sentido más hondo y desafiante, se convierta en nuestro modo de hacer la historia presente y futura, en un ámbito donde los conflictos, las tensiones y especialmente las víctimas de todo tipo de abuso puedan encontrar una mano tendida que las proteja y rescate de su dolor (cf. Exhort. ap. Evangelii gaudium, 228). Tal solidaridad nos exige, a su vez, denunciar todo aquello que ponga en peligro la integridad de cualquier persona. Solidaridad que reclama luchar contra todo tipo de corrupción, especialmente la espiritual, «porque se trata de una ceguera cómoda y autosuficiente donde todo termina pareciendo lícito: el engaño, la calumnia, el egoísmo y tantas formas sutiles de autorreferencialidad, ya que “el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz (2 Co 11,14)”» (Exhort. ap. Gaudete et exultate, 165). La llamada de san Pablo a sufrir con el que sufre es el mejor antídoto contra cualquier intento de seguir reproduciendo entre nosotros las palabras de Caín: «¿Soy yo el guardián de mi hermano?» (Gn 4,9).

Soy consciente del esfuerzo y del trabajo que se realiza en distintas partes del mundo para garantizar y generar las mediaciones necesarias que den seguridad y protejan la integridad de niños y de adultos en estado de vulnerabilidad, así como de la implementación de la “tolerancia cero” y de los modos de rendir cuentas por parte de todos aquellos que realicen o encubran estos delitos. Nos hemos demorado en aplicar estas acciones y sanciones tan necesarias, pero confío en que ayudarán a garantizar una mayor cultura del cuidado en el presente y en el futuro.

Continúa en la pag. 4



Carta del Santo Padre Francisco

Viene de la pag. 3

Conjuntamente con esos esfuerzos, es necesario que cada uno de los bautizados se sienta involucrado en la transformación eclesial y social que tanto necesitamos. Tal transformación exige la conversión personal y comunitaria, y nos lleva a mirar en la misma dirección que el Señor mira. Así le gustaba decir a san Juan Pablo II: «Si verdaderamente hemos partido de la contemplación de Cristo, tenemos que saberlo descubrir sobre todo en el rostro de aquellos con los que él mismo ha querido identificarse» (Carta ap. Novo millennio ineunte, 49). Aprender a mirar donde el Señor mira, a estar donde el Señor quiere que estemos, a convertir el corazón ante su presencia. Para esto ayudará la oración y la penitencia. Invito a todo el santo Pueblo fiel de Dios al ejercicio penitencial de la oración y el ayuno siguiendo el mandato del Señor[1], que despierte nuestra conciencia, nuestra solidaridad y compromiso con una cultura del cuidado y el “nunca más” a todo tipo y forma de abuso.

Es imposible imaginar una conversión del accionar eclesial sin la participación activa de todos los integrantes del Pueblo de Dios. Es más, cada vez que hemos intentado suplantar, acallar, ignorar, reducir a pequeñas élites al Pueblo de Dios construimos comunidades, planes, acentuaciones teológicas, espiritualidades y estructuras sin raíces, sin memoria, sin rostro, sin cuerpo, en definitiva, sin vida[2]. Esto se manifiesta con claridad en una manera anómala de entender la autoridad en la Iglesia—tan común en muchas comunidades en las que se han dado las conductas de abuso sexual, de poder y de conciencia—como es el clericalismo, esa actitud que «no solo anula la personalidad de los cristianos, sino que tiene una tendencia a disminuir y desvalorizar la gracia bautismal que el Espíritu Santo puso en el corazón de nuestra gente»[3]. El clericalismo, favorecido sea por los propios sacerdotes como por los laicos, genera una escisión en el cuerpo eclesial que beneficia y ayuda a perpetuar muchos de los males que hoy denunciamos. Decir no al abuso, es decir enérgicamente no a cualquier forma de clericalismo.

Siempre es bueno recordar que el Señor, «en la historia de la salvación, ha salvado a un pueblo. No existe identidad plena sin pertenencia a un pueblo. Nadie se salva solo, como individuo aislado, sino que Dios nos at-



rae tomando en cuenta la compleja trama de relaciones interpersonales que se establecen en la comunidad humana: Dios quiso entrar en una dinámica popular, en la dinámica de un pueblo» (Exhort. ap. Gaudete et exsultate, 6). Por tanto, la única manera que tenemos para responder a este mal que viene cobrando tantas vidas es vivirlo como una tarea que nos involucra y compete a todos como Pueblo de Dios. Esta conciencia de sentirnos parte de un pueblo y de una historia común hará posible que reconozcamos nuestros pecados y errores del pasado con una apertura penitencial capaz de dejarse renovar desde dentro. Todo lo que se realice para erradicar la cultura del abuso de nuestras comunidades, sin una participación activa de todos los miembros de la Iglesia, no logrará generar las dinámicas necesarias para una sana y realista transformación. La dimensión penitencial de ayuno y oración nos ayudará como Pueblo de Dios a ponernos delante del Señor y de nuestros hermanos heridos, como pecadores que imploran el perdón y la gracia de la vergüenza y la conversión, y así elaborar acciones que generen dinamismos en sintonía con el Evangelio. Porque «cada vez que intentamos volver a la fuente y recuperar la frescura del Evangelio, brotan nuevos caminos, métodos creativos, otras formas de expresión, signos más elocuentes, palabras cargadas de renovado significado para el mundo actual» (Exhort. ap. Evangelii gaudium, 11).

Es imprescindible que como Iglesia podamos reconocer y condenar con dolor y vergüenza las atrocidades cometidas por personas consagradas, clérigos e incluso por todos aquellos que tenían la misión de velar y cuidar a los más vulnerables. Pidamos per-

dón por los pecados propios y ajenos. La conciencia de pecado nos ayuda a reconocer los errores, los delitos y las heridas generadas en el pasado y nos permite abrirnos y comprometernos más con el presente en un camino de renovada conversión.

Asimismo, la penitencia y la oración nos ayudará a sensibilizar nuestros ojos y nuestro corazón ante el sufrimiento ajeno y a vencer el afán de dominio y posesión que muchas veces se vuelve raíz de estos males. Que el ayuno y la oración despierten nuestros oídos ante el dolor silenciado en niños, jóvenes y minusválidos. Ayuno que nos dé hambre y sed de justicia e impulse a caminar en la verdad apoyando todas las mediaciones judiciales que sean necesarias. Un ayuno que nos sacuda y nos lleve a comprometernos desde la verdad y la caridad con todos los hombres de buena voluntad y con la sociedad en general para luchar contra cualquier tipo de abuso sexual, de poder y de conciencia.

De esta forma podremos transparentar la vocación a la que hemos sido llamados de ser «signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (Conc. Ecum. Vat. II, Const. dogm. Lumen gentium, 1).

«Si un miembro sufre, todos sufren con él», nos decía san Pablo. Por medio de la actitud orante y penitencial podremos entrar en sintonía personal y comunitaria con esta exhortación para que crezca entre nosotros el don de la compasión, de la justicia, de la prevención y reparación. María supo estar al pie de la cruz de su Hijo. No lo hizo de cualquier manera, sino que estuvo firmemente de pie y a su lado. Con esta postura manifiesta su modo de estar en la vida. Cuando experimentamos la desolación que nos produce estas llagas eclesiales, con María nos hará bien «instar más en la oración» (S. Ignacio de Loyola, Ejercicios Espirituales, 319), buscando crecer más en amor y fidelidad a la Iglesia. Ella, la primera discípula, nos enseña a todos los discípulos cómo hemos de detenernos ante el sufrimiento del inocente, sin evasiones ni pusilanimidad. Mirar a María es aprender a descubrir dónde y cómo tiene que estar el discípulo de Cristo.

Que el Espíritu Santo nos dé la gracia de la conversión y la unción interior para poder expresar, ante estos crímenes de abuso, nuestra compunción y nuestra decisión de luchar con valentía.

Vaticano, 20 de agosto de 2018
Francisco

[1] «Esta clase de demonios solo se expulsa con la oración y el ayuno» (Mt 17,21).

[2] Cf. Carta al Pueblo de Dios que peregrina en Chile (31 mayo 2018).

[3] Carta al Cardenal Marc Ouellet, Presidente de la Pontificia Comisión para América Latina (19 marzo 2016).

Las virtudes, ¿Son “cosas” que se adquieren?

Por María de los Ángeles García

De acuerdo al Diccionario de la Lengua, virtud es la facultad, capacidad o poder de hacer algo. La virtud, por tanto es una cualidad de la persona humana. Las virtudes no son “cosas” que se adquieren, se conservan y a veces se pierden. La virtud es esencialmente una manera de ser, un modo de estar que nos inclina a obrar bien, a dar lo mejor de nosotros mismo a través de acciones concretas.

San Gregorio de Nisa dice: “El objetivo de una vida virtuosa consiste en llegar ser semejante a Dios”.

En toda virtud cristiana hay un aspecto adquirido y otro que se llama infuso. El elemento adquirido depende de nuestro interés y nuestra perseverancia, el elemento infuso es lo que nos es dado por Dios en el orden estrictamente sobrenatural.

Cuando participamos en la vida divina al injertarnos en el Cuerpo de Cristo, la Iglesia, por la acción del Espíritu Santo en el Bautismo, nos hacemos “hermanos de Cristo” e “hijos del Padre”.

Nuestras facultades se hallan preparadas para tener virtudes que se llaman virtudes teologales: fe, esperanza y caridad o amor.

Dios nos hace hijos suyos por amor que se hace realidad por la venida de Cristo al mundo.

Las virtudes teologales se refieren directamente Dios y nos disponen, como cristianos, a vivir en relación con el Pa-

dre, por el Hijo y con la acción del Espíritu Santo, capaces de obrar como hijos suyos y merecer la vida eterna.

Por otra parte tenemos las virtudes cardinales alrededor de las que se agrupan todas las demás. Las virtudes cardinales son el fruto de nuestros esfuerzos y disponen todas nuestras potencias para armonizarse con el amor divino. Estas virtudes ya se conocían antes de la venida de Cristo y aunque son naturales han de ser adquiridas principalmente con nuestro esfuerzo. Estas virtudes son: la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza. A éstas se les conoce también como virtudes morales.

Las virtudes morales o cardinales crecen mediante la educación, mediante actos deliberados y con el esfuerzo perseverante. La gracia divina las purifica y las eleva.

**PRINCIPIO DE FE:
CREEMOS QUE DIOS ACTUA EN
NOSOTROS PERO NOSOTROS
DEBEMOS ESFORZARNOS EN
VIVIR Y ACTUAR COMO MIEM-
BROS DE SU IGLESIA.**

Preguntas Populares

Si el Espíritu Santo nos hace hijos de Dios, **¿qué pasaba con los creyentes antes de Pentecostés?**

La llamada de Cristo es una llamada a la salvación. Antes de Cristo había formas religiosas que proponían su sistema propio de salvación. Para el judaísmo la salvación estaba reservada a los israelitas; para el helenismo la salvación era patrimonio de los sabios, para otras religiones el hombre tiene que someterse a ciertos ritos. Para el cristiano la salvación es un don de Dios que se nos ofrece a todos los seres humanos independientemente de raza, capacidad intelectual o ritos. Este don se nos da por la pasión, muerte y resurrección de Cristo.

Ver Catecismo de la Iglesia Católica, números 1803 a 1829.

¿Tiene preguntas o dudas sobre la fe católica? Envíelas a nuestra dirección postal. Trataremos de responderlas siempre que sea posible.

SABES...

Respuestas a las preguntas de nuestra edición anterior.

¿Es lícito el aborto después de una violación?

La moral católica enseña que privar de la vida a un niño no-nacido es un asesinato en cualquier circunstancia. El aborto es un acto en el que deliberadamente se mata a un ser humano. Los expertos en la materia aseguran que si se usa una ducha vaginal inmediatamente después del acto sexual es posible que los espermatozoides no lleguen a unirse al óvulo femenino; pero esto no es muy probable. Si hay embarazo no hay justificación para el aborto.

¿Es pecado contar a alguien las faltas de otra persona cuando lo que se cuenta es cierto?

Nada destruye tanto como el hablar libremente de otras personas simplemente porque lo que decimos es verdad. Se puede dañar la reputación de una persona cuando se dan a conocer sus faltas aunque éstas sean del conocimiento público. Pecamos contra la caridad cuando innecesariamente hablamos de sus faltas.

¿Es pecado donar sangre?

Hoy día sabemos que la sangre, aunque es muy importante para la vida, no es la vida de Dios en nosotros y si algún día nos llega a faltar la sangre y necesitamos una transfusión, Dios estaría muy de acuerdo con que la recibamos de otra persona.

SABES...

¿Cómo sé yo cuando estoy haciendo la voluntad de Dios?

¿Cuál es la diferencia entre un discípulo y un apóstol?

¿Es la cremación contraria a la ley de Dios?

Responde a estas preguntas y compara tus respuestas con las que aparecerán en nuestra próxima edición.....Hasta entonces.

ESPERANZA

Qué descanso, Dios mío, es haber comprendido que sin Ti no es la vida sino lodo y erial, que eres del corazón la sangre y e l latido, y eres del pensamiento la llama inmaterial

Qué consuelo, Dios mío, saber que depositas en los surcos del cielo nuestra humilde oración, para entregarnos luego las flores infinitas en dulce ramillete de paz y de perdón.

Qué confianza tan honda la de saber que eres el eficaz alivio a nuestros misereres, la espiga que no puede tronchar ninguna hoz.

Y que aquellos que aman tu bienaventuranza en su espíritu mantienen la esperanza de contemplar tu faz y de escuchar tu voz.

Agustín Acosta

Un encuentro que hace historia

Viene de la pag. 1

tonio, Nueva York, Baltimore o Chicago, nos encontramos con los que venían de la diócesis de Joliet o de Helena, que ya no nos sonaban tanto. O de ciudades como Moorehead a pocas millas del Canadá, o de Brownsville, en la frontera de México. Porque hay hispanos a todo lo largo y ancho del país.

Tras la bienvenida a cargo del Cardenal DiNardo, presidente de la Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos, nos saludó en nombre del Papa el Nuncio Apostólico, Arzobispo Christophe Pierre, recordándonos que debemos ser una iglesia alentadora, entusiasta y fecunda. Y después llegó el Papa Francisco... en un video que nos grabó para el Encuentro. También él quiso estar presente. El aplauso –todos de pie– fue largo y sentido. Porque, como nos recordó más tarde el arzobispo de San Antonio, “¡el Papa es Pedro para nosotros y lo amamos!”

Su presencia se sintió constantemente en los tres días. Se repitieron sus preguntas, se habló su lenguaje, se reflexionó cómo poner en práctica la invitación que tantas veces nos



ha hecho Francisco de ser “iglesia en salida”, “primerear”, ir a las periferias, abrir las puertas de la Iglesia no sólo para que entren los que llegan, sino para salir nosotros al encuentro de nuestros hermanos. En resumidas cuentas, ser “Discípulos misioneros: testigos del amor de Dios”, tema de todo nuestro proceso del Quinto Encuentro. Y todo esto sin miedo.

Creo que el momento en que nos dimos realmente cuenta de verdad de la importancia de este evento en la historia de la Iglesia en los Estados Unidos, fue al comienzo de la

Eucaristía del viernes. No entraron en procesión –por aquello del tiempo– los muchos sacerdotes que concelebraban. Entraron con alegría en el rostro los más de ciento veinte obispos, arzobispos y cardenales que nos acompañaban. Y presidiendo, nuestro arzobispo de Newark, el Cardenal José Tobin que había tenido antes la primera conferencia del Encuentro.

El Cardenal Tobin fue el primero en lanzarnos el reto: ver dónde nos quiere dirigir el Espíritu Santo como Iglesia. Porque “nuestros fracasos pueden ser el modo como el Espíritu Santo nos está diciendo que debemos ir en otra dirección. A veces Él es como una suave brisa, pero otras veces es como un huracán que derriba todo lo que debe ser derribado... ¿Dónde está el Señor abriéndonos la puerta? ¿Qué nos impide cruzarla?”

Durante los tres días se insistió, tanto en las ponencias como en las discusiones de grupo –“conversaciones desde el corazón”– sobre la importancia y responsabilidad que los hispanos tenemos en la sociedad y en la Iglesia, que será aún mayor en el futuro. Nos recuerdan lo que ya nos habían dicho hace años, que somos una bendición para la Iglesia en los Estados Unidos. El Cardenal Cupich de Chicago, una de las diócesis con mayor número de hispanos del país, dijo que, aunque la integración de éstos haya pasado por dificultades en algún momento, “confío que todos los católicos, y espero todos los ciudadanos de los Estados Unidos, un día echarán la vista atrás y se alegrarán de la contribución que ustedes hacen a su iglesia y a su país.”

Se nos recuerda que debemos leer los signos de los tiempos, estar en contacto directo y continuo con nuestro mundo, caminar junto a nuestros hermanos sirviendo a los que más nos necesitan. Pero sin miedo.

No cabe el miedo. “Este es un gran mo-





mento para ser católico en los Estados Unidos”, nos dice el profesor Hossffman Ospino. Porque, “no somos un accidente en la historia del catolicismo en los Estados Unidos. Nuestras historias personales, familiares y comunitarias, nuestro caminar, nuestras alegrías y nuestras tristezas, nuestras esperanzas y frustraciones son parte integral del caminar de la Iglesia en este país. La historia de la Iglesia en el siglo XXI será escrita en inglés, en español y en “spanglish”...



Con optimismo, con espíritu positivo. Porque, como nos recordó con entusiasmo el Cardenal O'Malley de Boston, “somos una iglesia del sí: sí al extraño, sí al inmigrante, sí al pobre”.

Ni aceptar la discriminación, ni caminar solos. Aprendiendo de los otros y mostrando la riqueza de nuestra cultura y tradiciones. Siendo puentes y no construyendo muros que separan. “Tenemos diferentes culturas, diferente religiosidad, pero en la Iglesia tenemos que encontrarnos y ser uno”, nos dijo el Arzobispo José Gómez de los Ángeles. Sin ignorar nunca a tantos que han olvidado sus raíces católicas, para salir a su encuentro, escucharlos, caminar con ellos, invitarlos. Demostrándoles el amor que les tenemos.

Acompañar como el Señor nos acompaña. Todos los días. Donde estén. Nos lo recuerda Mons. Daniel Flores, obispo de la frontera mexicana, que presencia día a día el amor de los que reciben y atienden a los llegan con dolor y esperanza a nuestro país.

Los setecientos jóvenes asistentes fueron los mimados del Encuentro porque todos sabemos la importancia que ellos tienen, en el presente y en el futuro. En una cena especial con los obispos pudieron conversar sobre sus sueños y expresarles los retos con los que tropiezan en estos momentos. “Una nueva realidad está naciendo en la vida de la Iglesia por las cualidades que ustedes nos traen”, les dijo el Cardenal Blase Cupich de Chicago.

El entusiasmo contagioso del Encuentro es fuente de ánimo para todos. Alguien nos recuerda que es providencial que suceda en estos momentos tan difíciles para la Iglesia en los Estados Unidos. Que es un bálsamo, “una caricia de Dios” para todos. La tormenta es fuerte y los obispos no lo ocultan. “Hemos expresado el dolor del escándalo”, nos decía el obispo de San Bernardino. “Los obispos

sentimos que ustedes nos quieren, nos piden acompañamiento, que no les dejemos a un lado. Rien, gozan, sienten con nosotros. Nos piden que seamos accesibles, que les apoyemos”. Nos repite que el escándalo no debe paralizarnos. Ante la actitud humilde de los obispos presentes la respuesta es de cariño que los arropa.

“El Señor ha escogido este tiempo para una gran purificación de la iglesia, pero no es necesariamente el momento de dejar de hacer lo que se supone que estamos haciendo”, Manuel Flores de Brownsville, Texas.

Y debemos dar frutos, constantemente. Pero para dar frutos, como las plantas, tenemos que tener las raíces bien profundas, nos dice Mons. Oscar Cantú. Tan profundas que encuentren el agua que da vida.

El Quinto Encuentro sigue. Este Encuentro Nacional fue un paso en el proceso. Debemos volver a nuestros ambientes a cuidar de manera especial de nuestros jóvenes, de nuestras familias, de los más marginados de nuestra sociedad. “Lo más importante es la misión”, nos dice Mons. Gustavo García-Siller, arzobispo de San Antonio. “Hoy el Señor nos envía a la misión, no nos promete que todo será color de rosa. Pero que no nos roben nuestra esperanza, la alegría, el celo apostólico, lo que ha surgido en el corazón en estos días... Se ha despertado la vida en nosotros para el bien de la Iglesia católica en los Estados Unidos en estos días.”

El último recuerdo es para nuestra Madre, la Guadalupana, la Morenita, que ha estado presente en nuestras conversaciones y plegarias. Le decimos con la canción: “Madre de la esperanza, mantén el ritmo de nuestra espera...”

Y regresamos a nuestras casas con el corazón rebosante de alegría. Nos toca ahora no sólo mantener la llama para nosotros, sino compartirla con nuestras comunidades. Y estamos deseosos de hacerlo.



Desilusion y esperanza

Felix N. Lorenzo, LCSW
Psicoterapeuta

Este artículo intenta analizar las afectaciones psicológicas creadas en muchos de nuestros fieles por la reciente crisis vivida en la Iglesia debido al descubrimiento de los casos de abusos sexuales perpetrados a niños y niñas por varias décadas y por la igualmente terrible noticia del encubrimiento de estos actos a manos de obispos y diócesis en los Estados Unidos y un número de países.

Veamos varios ángulos que inciden en la crisis y la hacen adquirir los matices que presenta: en primer lugar, las denuncias de casos de pedofilia en el seno de la Iglesia ocurridos por varias décadas y la constatación de que muchos de los perpetradores fueron encubiertos abiertamente y otros trasladados a lugares en los que pudieran evadir la justicia legal. En segundo lugar, la verificación de que dichos hechos no son simplemente un relato teórico, sino las declaraciones hechas a viva voz de las experiencias traumáticas expresadas abiertamente por primera vez por las víctimas, lo cual hace que estos impúdicos actos tomen aún mayor veracidad gráfica en la mente de los que reciben esta información. En tercer lugar, el manejo desproporcionado que la prensa ha desplegado al reportar los acontecimientos. Los espacios mediáticos, en general, se han preocupado más de dar un toque sensacionalista a la noticia, que a informar con mesura y objetividad, exacerbando los aspectos negativos dentro de la Iglesia y omitiendo información que pudiera haber sido más esclarecedora y balanceada en sus reportes. Y, finalmente, el espíritu de confusión fue agravado con las denuncias, también dichas en tono escandalizante por un grupúsculo jerárquico, que se ha resistido a incorporarse a la visión del Papa Francisco en su proyección del Evangelio de misericordia hacia creyentes que hasta ahora habían sido relegados y rechazados a priori, y, particularmente, dentro de este sector jerárquico, su desagrado por ver a la Iglesia, en este pontificado, hacer más clara la necesidad de proyectarse a los sectores más marginales y periféricos. Estos purpurados han decidido utilizar la dolorosa y bochornosa crisis para mover su agenda de obstaculizar la gestión pastoral de Francisco. Al unir los cuatro factores mencionados, ten-



emos el caldo de cultivo de una crisis mayor.

La respuesta de nuestra pueblo fiel y sencillo ha abarcado todos los elementos típicos del trauma que se da cuando se descubre que aquéllos en quienes se ha creído y que han sido los depositarios de la confianza y la seguridad han abrojado su responsabilidad, dejándolos en un limbo emocional, donde todo es cuestionable: ¿en quién creer, quién dice la verdad, por qué nos han engañado, qué seguridades tenemos que ahora nos dicen la verdad y, finalmente, qué nos aguarda en el futuro?. Pudiera ayudarnos a entender este estado nebuloso de incertidumbre, rabia y desconfianza lo que sabemos que ocurre psicológicamente en las familias donde se da el abuso, particularmente sexual y con las características más agudas que conlleva el incesto. Los paralelos de similitud se dan, porque al igual que en una familia, en la Iglesia se repiten ciertas dinámicas.

La Iglesia también es una familia, una familia, que, aunque tiene un carácter eclesial y está salvaguardada por la divinidad conferida a ella por el Señor Jesús y la presencia perpetua del Espíritu, en su dimensión de vida humana, tiene las mismas dinámicas que una familia. Cabe destacar, que los que trabajamos con familias víctimas de abuso sexual e incesto, somos testigos de que todos los miembros de la familia son afectados de una u otra forma. Actitudes típicas de estas familias son la pérdida de la confianza en las figuras de autoridad, que consciente o inconscientemente permitieron que el abuso se llevara a cabo. La confianza queda profundamente cercenada porque hay una ruptura en el concepto a la lealtad, creándose una gran confusión en cómo proceder: si digo lo que pasa puertas adentro,

pongo en evidencia a la familia, la inculpo, y les soy desleal; si, por otra parte, no lo digo, no puedo prevenir que otros hermanos corran la misma suerte y terminen siendo víctimas. Esta lucha tiene un profundo costo psicológico. En los casos de familias donde predominan el secretismo, el encubrimiento y la negación, los males se repiten y se agudizan. Cuando por otra parte, las heridas se abren y se puede evaluar el daño cometido, hay espacio a la sanación y la restauración no sólo del individuo, sino de la totalidad de la familia, a nivel de los distintos niveles de afectaciones.

Como pueden ver, la realidad psicológica de familias donde ha ocurrido el abuso y las características de la crisis que vivimos en el seno de la Iglesia, así como las opciones que tenemos para enfrentarlas, tienen parecidos evidentes. Por eso, si nos informamos de cómo se ayudan terapéuticamente a estas familias a retornar a un estado saludable emocional, puede darnos una perspectiva para ayudarnos dentro del marco de nuestra realidad eclesial.

De acuerdo con lo dicho anteriormente, hay la tentación de optar por dos formas de respuestas que, aunque justificables dentro de la inmediatez del trauma, y aparentemente antagónicas entre sí, tienen la similitud que ninguna de las dos conlleva al fin deseado de sanación y restauración. Estas dos alternativas nocivas son: la negación absoluta y racionalización, sin explorar las heridas; o quedarnos en la rabia y la recriminación, optando por el aislamiento y ruptura emocional.

Veamos estas manifestaciones en el seno de la realidad pastoral:

Negación: Se traduciría en la actitud de que “aquí no ha pasado nada”. Sería muy

nocivo que pretendiéramos que nada ha pasado, que no habláramos de las preguntas que están prendidas en los corazones y mentes de los que domingo a domingo se sientan en las bancas, donde los ritos, homilias y vida parroquial pareciera decir que esta crisis sólo se ve en los noticieros y en realidad no existe en nuestro entorno. Igualmente, tratar de defender la Iglesia a capa y espada y argumentar que también pasa en iglesias de otras confesiones y en otros sectores de la vida civil, no ayudan a que entendamos y podamos prevenir que situaciones como las que hemos vivido no se repitan. Un concepto básico de la teoría de trauma nos dice que el trauma que no se procesa está condenado irremediablemente a ser perpetuado.

En cuanto a la segunda opción de quedarnos con la rabia, sería traducir la confusión, ansiedad y el dolor de la experiencia vivida en generalizar una postura de ruptura y aislamiento. Por ejemplo, ya he oído decir frases como “ninguno de nuestros hijos van a ser monaguillos”, o que “no me confieso más porque no sé la integridad del sacerdote” Estas, son reacciones, que aunque inicialmente resultan entendibles, no son las posturas más evangélicas de afrontar la situación, ni las más saludables psicológicamente. Privar a niños que tempranamente pueden comprender lo que es servirá la Iglesia por medio del ministerio del servicio en la misa sería triste y no resolvería nada. Por otra parte, renunciar al caudal de Gracia que nos llega en el sacramento de la Reconciliación, sería empobrecer grandemente las posibilidades que la vida sacramental tiene en nuestro crecimen-



to de cristianos adultos.

Debemos acercarnos a la crisis con una perspectiva más objetiva. Hay nuevos signos que nos impulsan a la Esperanza, en medio de la desilusión. Que tengamos heridas y nos duelan, no justifica abandonar la objetividad. Hemos de considerar y reconocer que la Iglesia ha tomado una postura absoluta de cero tolerancias, que el Papa ha reconocido públicamente la compunción del pecado infringido a los miembros más inocentes y vulnerables del Pueblo de Dios, que a nivel de todas las diócesis se están implementando medidas preventivas, y que se están haciendo desde una postura de buena intención y no por cu-

brir apariencias. Hasta aquí lo objetivo de lo que se está haciendo al nivel humano y que de por sí es muy esperanzador. De igual valor es que desde la perspectiva de la fe veamos en esta crisis la posibilidad de crecer más en los cimientos de la fe. Se abre la oportunidad de que, en estos momentos, más que nunca, vivamos en lo más profundo la fe desde una perspectiva teológica, donde la Esperanza juegue un papel muy importante. Igual que para sanar una herida psicológica hay que creer que uno la puede superar, ante la noche oscura que se nos ha presentado, tenemos que confiar que el Señor sabrá purificar todo lo que en el seno de nuestra Iglesia necesita redención y evangelización.

A mí, personalmente, me ha ayudado mucho recordar la frase del increíblemente sabio teólogo Karl Rahner, cuando a mediados del siglo pasado afirmó en un estudio de las verdades del Credo, que cuando decimos que Jesús bajó a los infiernos, realmente estamos diciendo que con su bajada a los “infiernos” por los méritos de Su Pasión fue capaz de restaurarlo todo, absolutamente todo, hasta lo peor que necesitaba ser profundamente redimido en nuestra existencia y nuestro entorno humano. Esas palabras me llenan de Esperanza y me alientan a que, aunque somos responsables de hacer todo lo humanamente posible para ayudar a sanar a nuestro Cuerpo Místico, la sanación final sólo puede dárnosla el Señor. Si nos percatamos de esto, no en la mente, sino en el alma, no sólo la crisis pedófila, sino todas las áreas que en nuestros corazones necesitan ser evangelizadas, recibirán de la misma Gracia y serán restauradas.



Gracias Señor!

Por Dr. Jose "Pepe" Planas

El pasado sábado día quince de septiembre, concurrieron 268 catequistas a recibir orientación para el nuevo curso que iniciamos, el tercer domingo de este mes, cuando iniciamos la sesión con la oración de apertura le dimos gracias al Señor, fue un regalo de El, que 268 catequistas y auxiliares se congregaran en su nombre, personas que aman a nuestra Iglesia, y que han dicho que "Si" al llamado dentro de este ministerio, y lo han mantenido, un pueblo que tiene hambre de conocer a Su Señor y como trasmitirlo a sus catequizandos, un pueblo que ha dicho "La Iglesia esta viva y activa ya que el Espíritu Santo los mueve a responder de esa forma.

Ese día entre otras orientaciones les indicamos la necesidad de ir a la sesión de catequesis con el entusiasmo y la preparación necesaria, por ello, les ofreceremos próximamente cursos de metodología con prácticas docentes a fin de ofrecer sesiones de catequesis amenas, Ese día siguiendo el Catecismo de la Iglesia Católica les indicamos la necesidad de preparación, la Vida de Fe, y la Oración en la Vida de Fe' tercera y cuarta parte del Catecismo, por ello, siguiendo la enseñanza de la Iglesia recordamos:

La Iglesia enseña que el Dios único y verdadero nuestro Creador y Señor, puede ser conocido con certeza por sus obras, gracias a la luz natural de la razón humana CIC 47 Concilio Vat I DS3026, y es esa tu labor como catequista, dar a conocer a tu Creador que te ama, y te acompaña siempre, ya comienza la labor; el tercer domingo de este mes de septiembre, no desmayes, ve cada semana a ofrecer tu sesión de catequesis con la alegría y la seguridad que Cristo está con nosotros hasta el fin de los tiempos; Mateo 28:20, y con tan buena compañía no necesitamos nada más.

Gracias nuevamente y espero verte amigo catequista en Paramus Catholic el día de nuestra Convocatoria de Catequesis Octubre 20, 2018

Pepe Planas es el Director de la Catequesis en Español. Arquidiócesis de Newark



MERAKI

II ENCUENTRO DE POESIA RELIGIOSA URBANA Y AMOROSA

Sábado 27 de Octubre, 2018



Poetas Invitados:

Gina Betances – Enrique Preciado - Jair Jácome

Fr Edinson Ramirez

(Bonus Publicación: Poemas Suelos y Abrazados)

Enmanuel Chávez & Racelly _____

(Canto de Amor)

Guido Mora & Melina Ordoñez (Declamación & Lectura)

* Publico Presente también esta invitado a participar.

Información y Detalles:

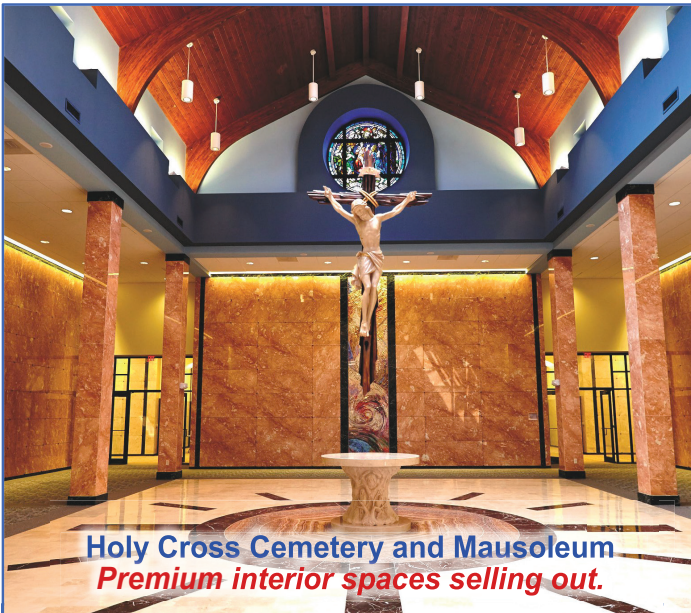
Vanessa Reyes ☎ 201-920-1298

 6:30Pm a 9:30Pm

 Msgr Duffy Hall (Annex) – Parking Disponible
725 West Side Ave Jersey City, NJ 07304

Entrada Libre

Algunos libros , CD's y sorpresas estaran a la Venta.



Holy Cross Cemetery and Mausoleum
Premium interior spaces selling out.



Holy Name Cemetery and Mausoleum
Special low pricing available for limited time.



Grand Opening

NEW Saint Gertrude Cemetery ~ Garden Mausoleum of the Holy Rosary
A beautiful covered gathering space for committal services,
personal prayer and meditation that offers crypt spaces and cremation niches.
Last chance for lowest construction prices.

Now is the time to make a commitment to protect your family.
Stop by during Open House Weekend and speak with an advisor about
pre-planning arrangements with no obligation. No appointment is needed.

OPEN HOUSE WEEKENDS

★ Open House Special ★ 0% Interest for 48 Months ★

Stop By • Call • Visit Online

October 13 & 14

HOLY CROSS

Cemetery & Mausoleum
340 Ridge Rd., North Arlington, NJ
888-467-8903

October 27 & 28

SAINT GERTRUDE

Cemetery & Mausoleum
53 Inman Ave., Colonia, NJ
888-444-2791

November 10 & 11

HOLY NAME

Cemetery & Mausoleum
823 West Side Ave., Jersey City, NJ
888-621-0337



Open Daily | 9:00 a.m. - 4:30 p.m.
No appointment needed
www.CatholicJourney.org

A Ministry of the Archdiocese of Newark
CATHOLIC CEMETERIES
For our Catholic Community

